mo por su integridad, su compromiso durante la guerra de Argelia, sus contradicciones afectivas, sus culpas y sus fidelidades e infidelidades. La admiración y el agradecimiento que siempre sintió por su profesor del instituto es una pequeña pero ilustrativa muestra del carácter y la moral de quien, nacido en el seno de una paupérrima familia, llega a ser Premio Nobel de Literatura a los 44 años.

Además, el personaje de Jacques Cormery/Albert Camus también sirve a la autora para ahondar en temas que, aun estando latentes, tienen una gran importancia en su obra, como el compromiso político. *Venían a buscarlo a él* da forma y trama a la sensación de ser perseguido que Camus había manifestado en el manuscrito en el que estaba trabajando antes de morir. Así, Vias Mahou recrea una auténtica confabulación en la que intervienen muchos y diversos agentes. El enfrentamiento con su otrora amigo Jean-Paul Néant –en quien no es difícil identificar a Sartre: "El rey, el papa, el juez supremo. El gran inquisidor. El Alfa y el Omega para tantos papanatas que se enorgullecían de no tener religión alguna y, sin embargo, la tenían"– es la puesta en escena su desencanto y distanciamiento del Partido Comunista: "La izquierda ortodoxa sabía aplicar el ostracismo con más refinamiento que los mismísimos griegos. La excomunión mejor que los papas. Y desde que Jacques denunciara públicamente los campos de concentración descubiertos en la Rusia de Stalin las miradas de soslayo y las risas extemporáneas habían ido en aumento." En este aspecto, como en su denuncia de los nacionalismos –"El odio se alimenta de odio en cualquier cultura. Y cuando ya ha crecido bastante, se llama nacionalismo"– y del fanatismo árabe –a cuyos defensores muestra como responsables últimos y materiales de la muerte del escritor–, la autora carga las tintas para, a partir del personaje de Jacques/Camus, imponer decididamente su propio discurso de denuncia sobre estos temas en una generalización poco acorde con la sutileza y los matices de los que se muestra capaz en su magnífica escritura.

Si bien está lejos del compromiso a que otros autores y autoras más acomodados en las posturas de la progresía centralista oficial nos tienen acostumbrados, no queda duda de que en la obra de Berta Vias Mahou hay un trasfondo político, aunque en *Venían a buscarlo a él* la autora haya querido camuflarse tras la postura de Camus. Y es por la solidez de la construcción de la trama, la pericia con que construye un personaje que revive al modelo y un universo repleto de sensaciones, reflexiones, experiencias y sentimientos comunes a todo ser humano, que se perdonan algunas de las incómodas, por lo rotundas, aseveraciones políticas o ideológicas en las que para rechazar totalitarismos e imposiciones acaba cayendo en un territorio pantanoso. Albert Camus pagó cara su integridad y su coherencia, "su propuesta de tratar de buscar una tercera vía, la de la conciliación entre los diferentes pueblos que vivían en aquel país, para evitar que hubiera más víctimas, sobre todo mujeres y niños inocentes", así como su deseo de no dejarse reclutar para ninguna causa totalizadora y uniformizante. Haber transmitido tan eficazmente este mensaje es uno de los principales aciertos del libro que, por otro lado, pone encima de la mesa diferentes posibilidades de debate acerca de temas que continúan siendo de candente actualidad. En la reconstrucción de la actividad del Frente de Liberación Nacional –con sus apoyos hipócritas y contradictorios en Francia y sus mercenarios, que cínicamente asumen que su lucha no es sino un negocio, cuyos atentados matan a los que dicen defender–, se encuentra el contrapunto a todo lo que defiende Jacques/Camus. Y es ahí donde se encuentra y se desarrolla la principal amenaza, que sirve para crear la tensión que va creciendo a lo largo de la novela. Al poner el porvenir del escritor en manos de los terroristas, Vias Mahou consigue infundir el mismo pánico que siente quien sabe que circula en un coche sin frenos.

La única ocasión en que el *verdadero* Camus toma la palabra en el libro es durante una entrevista radiofónica en la que habla sobre su adaptación de *Los poseídos*, de Dostoievski, que recrea lo que considera "el primer crimen organizado por razones de técnica política, algo que causó una gran impresión en la época". Otra denuncia del horror que a veces posee a los seres humanos, aparentemente divididos entre poseídos y desposeídos. Estar siempre en oposición a unos e incondicionalmente a favor de los otros es lo que define a este grandioso personaje (re)creado magistralmente por Berta Vias Mahou, cuya propuesta narrativa debería encontrar abiertas todas las puertas de entrada a la mejor literatura española actual. –

CUENTO

Extrañemos a Delmore Schwartz

Delmore Schwartz
LA RESPONSABILIDAD EMPIEZA EN LOS SUEÑOS
Traducción de Miguel Martínez-Lage, Barcelona, Bruguera, 2010, 336 pp.

EN LOS SUEÑOS EMPIEZAN LAS RESPONSABILIDADES
Traducción de Albert Fuentes y Xavier Zambrano, Barcelona, Alpha Decay, 2010, 64 pp.

SERGIO GALARZA

La oportunidad para cambiar el pasado, rectificar aquello que se sabe es imposible corregir porque se cree que

así el presente será mejor, es lo que todos piden alguna o muchas veces en su vida.

El relato más conocido de Delmore Schwartz, y al cual debe su fama, permite al lector acercarse a dicha fantasía. La historia: en un cine, un chico es espectador de una película cuyos protagonistas son sus padres antes de ser sus padres. Las primeras escenas son escenas de una vida que no tienen nada de raro. El hijo asiste al enamoramiento de la pareja, es testigo de las ilusiones y el agobio que puede suponer un compromiso. Y en un momento él también se empieza a agobiar, cuando ve que algo se descompone entre la pareja, y grita en el cine con la impotencia de quien sabe que no podrá impedir nada.

Schwartz es un cronista del desencanto. Su estilo, alejado de esa pirotecnia verbal que otros autores suelen utilizar como disfraz de su falta de fuerza, está marcado por la construcción de frases que pretenden contener la verdad sobre la vida, la suya es una escritura luminosa, la de un poeta que traslada con éxito su arte a la narrativa. Algunos ejemplos: "Nadie tiene una existencia verdadera en el mundo real porque nadie llega a saber todo lo que es para los demás seres humanos, todo lo que dicen a su espalda, todas las estupideces que el futuro le deparará." "En esta vida que llevamos no hay comienzos, no hay más que desvíos a los que llamamos comienzos, investidos de las emociones formales que se consideran apropiadas y que a veces son forzadas." Los párrafos corresponden a "¡América! ¡América!" y a "El mundo es una boda", dos relatos que, como el resto, han sido opacados para el público por la leyenda construida alrededor de *En los sueños empiezan las responsabilidades*, su gran relato, publicado en la editorial Alpha Decay, en su colección "Alpha Mini". Si caen en la tentación, quienes deseen conocer más a Schwartz, tendrán que hacerse con la colección de sus relatos, *La responsabilidad empieza en los sueños*, publicada por Bruguera.

Hijo de unos inmigrantes judíos en Nueva York, Schwartz es uno de esos escritores cuya leyenda compite con su obra. Al comienzo, como en su relato mayor, parece que todo va bien. Estudia en un par de universidades antes de recalar en Harvard, para estudiar filosofía, pero abandona. Unos años más tarde se casa e inicia su carrera literaria con un gran recibimiento por su primer libro. Se divorcia. Es el editor de la revista *Partisan Review* durante más de una década. Vuelve a casarse y otra vez se divorcia. Lo consideran uno de los mejores escritores de su generación. Enseña en la Universidad de Syracuse, donde alecciona sobre el poder de la palabra a un joven Lou Reed. Pero algo falla. Como apunta Rodrigo Fresán en el prólogo a la edición de Bruguera, puede que la escasa repercusión de *Génesis*, el poema que esperaba lo elevara a la altura de Pound y Eliot, transformara lo que parecía un sueño en la pesadilla de alcohol y paranoia que fue su final.

En "¡América! ¡América!", Schwartz retrata el universo judío a través de dos familias, los Fish y los Baumann. Al inicio del relato se cuentan las circunstancias del retorno de Shenandoah Fish al hogar, después de una temporada en París. Luego aparece su madre, quien le pondrá al día sobre la vida de los Baumann, y a través de ella Schwartz reconstruye la trayectoria de ambas familias, sus anhelos y sus desilusiones. Pero en vez de depositar el peso de la historia en un solo personaje, crea varios inolvidables, como el encantador Dick, hijo mayor de los Baumann, a quien su encanto no lo salva de fracasar en cada una de sus empresas, en ese intento por alcanzar la riqueza que parece un denominador común entre todos. En "El mundo es una boda", Schwartz presenta a un grupo de jóvenes perdedores por naturaleza, atrapados por la Gran Depresión, carentes de talento para salir adelante y necesitados los unos de los otros para disfrazar la realidad. El grupo se reúne en el apartamento de Laura, la hermana de Rudyard, elevado a la categoría de genio por ella y, por eso mismo, liberado de tener que trabajar como el resto para que pueda dedicarse a escribir sus obras de teatro. El primero en fracasar es Rudyard, pero también es el único que sigue dedicándose solo a la escritura, mientras que los demás se emplean en trabajos que los dejan insatisfechos.

"Su vida, en tanto parte del círculo, era su vida verdadera, y su pobreza de clase media venida a menos les impedía salir en busca de las chicas y considerar la idea del matrimonio. De vez en cuando algunos sí conocían a chicas y salían con ellas una corta temporada, pero como ninguno, salvo Rudyard, estaba haciendo lo que deseaba hacer, el matrimonio era algo tan lejano como un país remoto." Retrato de una generación víctima de una crisis que derriba sus sueños, el mismo párrafo podría servir para explicar la realidad actual de los jóvenes subempleados que han visto aplazadas sus aspiraciones. Laura, la hermana, se convierte en el personaje más entrañable, una joven que según pasan los años empieza a resignarse, acepta que ya no puede reclamar afecto y que solo le queda rogar por algún tipo de compañía, mientras bebe y aflora su rencor hacia otras chicas más afortunadas.

Dinero, sueños, cines, colegas que comparten la soledad y el fracaso, familias en descomposición, son temas y lugares que se mantienen a lo largo de los ocho relatos en la edición de Bruguera. En una de las dos canciones que Lou Reed le ha dedicado, se escucha: "Delmore, extraño tus bromas y las cosas brillantes que decías." Sí, pero no hay que extrañarlo demasiado, porque Delmore Schwartz cumplió con su responsabilidad. Ahora es el turno de los lectores. Sueñen y agradezcan, porque en la ficción siempre hay una nueva oportunidad. –